

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA

Y

LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

57-58-59

ENERO-DICIEMBRE

1955

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. NABOR CARRILLO

Secretario General:

DR. EFRÉN C. DEL POZO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

LIC. SALVADOR AZUELA

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. A. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

DIRECTOR:

Salvador Azuela

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ciudad Universitaria
Torre de Humanidades, San Angel, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país	\$ 15.00
Exterior	Dls. 2.50
Número suelto	\$ 4.00
Número atrasado	\$ 5.00

Sumario

ARTICULOS

	Págs.
Antonio Gómez Robledo <i>Filosofía aristotélica del arte</i>	13
Patrick Romanell <i>Perfil del Neo-naturalismo norteamericano</i>	43
Miguel León Portilla <i>Existencia histórica de un saber filosófico entre los nabuas</i>	57
Gregorio López y López <i>La filosofía de los zapotecas</i>	83
Isaías Altamirano <i>Fenomenología de las vivencias de pudor y caricia</i>	99
Oswaldo Robles <i>Psicofisiología de la emoción</i>	111
Matías López Chaparro <i>Psicometría</i>	131
Francisco Larroyo <i>Psicología en primera, segunda y tercera persona</i>	139
G. T. Nicotra di Leopoldo <i>Los documentos científicos de la Atlántida</i>	153
Amancio Bolaño e Isla <i>El "paralelo de las lenguas castellana y francesa" del P. Feijoo</i>	173
Sergio Fernández <i>Iago y Herodes: dos formas de los celos</i>	189
Marianne O. de Bopp <i>Thomas Mann</i>	201

	Págs.
Pedro Urbano González de la Calle	<i>Cómo citaban a veces los humanistas y . . . cómo no se debe citar</i> 215
Juan A. Ortega y Medina	<i>Consideraciones críticas acerca del volumen conmemorativo sobre el Plan de Ayutla</i> 251
Juan Hernández Luna	<i>Los precursores intelectuales de la Revolución Mexicana</i> 279
Vicente T. Mendoza	<i>La música en la época de la Reforma, la Intervención y el Imperio</i> 319
José Corona Núñez	<i>La arquitectura indígena del occidente de México</i> 345
Juan Feres	<i>Un capítulo de los Prolegómenos de Abenaldún</i> 357

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Robert Jay Glickman	<i>La bruma lo vuelve azul</i> . (Ramón Rubín) 367
Pedro Rojas	<i>La catedral y las iglesias de Puebla</i> . (Manuel Toussaint) 370
Pedro Rojas	<i>El plateresco en México</i> . (Luis MacGrégor) 372
Isaías Altamirano	<i>Posición y aproximaciones concretas al misterio ontológico</i> . (Gabriel Marcel) 375
Isaías Altamirano	<i>Cartas a la patria. Dos cartas alemanas sobre el México de 1830</i> . (Carlos Guillermo Koppe) 378

	Págs.
Abelardo Villegas	<i>La filosofía en México.</i> (Leopoldo Zea) 382
Xavier Tavera Alfaro	<i>La Revolución de Independencia.</i> (Luis Villoro) 385
Rosa Klip de Bergman	<i>Técnica General de la Segunda Enseñanza.</i> (Ensayo Pedagógico. Angel Miranda Basurto) 388
Agustín Millares Carlo	<i>Las Actas de Independencia de América.</i> (Javier C. Griffin) 391
Agustín Millares Carlo	<i>Documentos de Indias. Siglos XV y XVI. Catálogo de la serie existente en la Sección de Diversos.</i> (Ma. del Carmen Pescador del Hoyo) 393
J. H. L.	<i>Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras.</i> 395
J. H. L.	<i>Cátedra de Verano.</i> 403
J. H. L.	<i>Graduados en el año de 1955.</i> 405

LOS DOCUMENTOS CIENTÍFICOS DE LA ATLÁNTIDA *

“Por haber hospedado, quizás aún antes que Egipto, a los habitantes de la Atlántida, México se puede decir que fue cuna y teatro de la civilización americana.”

No hablo ni escribo con gusto sobre el problema de la Atlántida. Una consideración desesperante me tiene alejado de él, aunque mis convicciones me queden íntegras e incommovibles, a pesar de la crítica demoledora, frecuentemente irónica y hasta plagada de mentiras, algunas veces. Se piden las pruebas tangibles de la Atlántida, sin detenerse a reflexionar que aquel continente yace en el fondo del océano desde hace muchísimo tiempo. La Atlántida es, en cierto modo, como algunas estrellas desaparecidas de las cuales no existe en el espacio más que un haz de luz que todavía no ha llegado a la Tierra. ¿Negaremos por esto el fenómeno de la explosión estelar y de su existencia?

Es menester interrogar al espíritu de la Atlántida y no permanecer en espera de su imposible regreso material. La Atlántida es el más grandioso problema y quizás el más importante de la historia de la civilización. Alejandro de Humboldt vio en la Atlántida “la llave de la prehistoria”, el Abad Brasseur de Bourbourg dice que de allí comienza la historia de todos los pueblos.

Es verdad que los que niegan la Atlántida impregnados de falsos prejuicios, persisten en su sistemática oposición, al triunfo de esta idea. Pero es también verdad que un cúmulo de datos innegables conduce a la

* Conferencia sustentada en el Anfiteatro Bolívar el 23 de agosto de 1954, y en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México el 1º de octubre de 1954.

existencia del continente perdido y de su civilización. Ante todo se suele combatir esta idea afirmando que es anti-histórico, o, aun más, imposible que haya existido hace nueve mil años una civilización tan desarrollada, tan alta como la descrita en el "Timeo de Platón".

Pues bien, hace pocos años fué descubierta en el Transvaal, una escultura —que se conserva en el Museo Británico— y puede ser considerada sin ningún género de duda, como la más antigua hasta ahora conocida. Se opina que esta obra de arte data de hace 25,000 años o tal vez de 50,000. ¿Pero entonces, qué maravilla que hayan habido civilizaciones anteriores a las que ya conocemos si desde hace 25,000 años, y es afirmar poco, el indígena africano ya era capaz de esculpir el rinoceronte "perfectamente modelado" como el que se encontró en el Transvaal?

El geólogo Paul Termier en el capítulo "Respecto a la antigüedad del hombre", en su obra "La Joie de Connaitre" —París, 1925— escribe: Los tiempos de la prehistoria humana se enumeran por decenas de millares; y es por decenas y centenas de millones de años que se deben enumerar los periodos geológicos.

La prehistoria no es otra cosa que una convención temporal, de límites imprecisos y mutables. La prehistoria tiene su historia, y no hay nada de extraordinario ver como cambian de lugar las perspectivas de la prehistoria en el terreno de lo histórico, más bien lo que hoy es prehistórico un día fué histórico.

Los descubrimientos arqueológicos modernos han sacado a la luz las majestuosas murallas de Babilonia, cuya existencia había sido considerada un parto de la fantasía de Herodoto; los restos de la civilización minóica, la que se tenía por una fábula; la patria y el palacio real de Ulises en la isla de Itáca. La historia griega que llegaba para nosotros, al siglo VII u VIII A. C., alcanzó de repente los principios del III milenio A. C., y muchos hechos que entraban en el ámbito de la leyenda pasaron al dominio de nuestros conocimientos históricos. ¿Y qué decir de la tumba de Menése o Menéte? ¿No siempre se había creído que fuese un mito este primer rey de Egipto, que se divinizó a sí mismo y se mandó construir aquella estatua colosal que es la esfinge de Gizéh?

¿Qué maravilla si progresando se encontrara que la Atlántida no fue un sueño de Platón? ¿Cuántos problemas especialmente de arqueología y antropología americana, quedarían resueltos de una vez? Se trata de

afrontar el problema de la civilización atlántica, de colocarla en el espacio y en el tiempo de modo irrefutable.

La ciencia ofrece suficientes datos para hacerlo, y mientras mayor sea el número de oponentes tanto más dulce será la victoria.

Los clásicos latinos recuerdan tres héroes Atlantas que reinaron en tres épocas diferentes, en Mauretania, en Italia, en Arcadia. Pero ningún escritor ha citado nunca un Atlante asiático. En Asia falta toda referencia a tal nombre, en cambio él se encuentra a menudo en los pueblos del Africa occidental y Europa mediterránea. El uso de los Guanchos en Tenerife de embalsamar y vendar a los muertos es idéntico en Egipto y Haití, así como la escritura figurada, es decir los jeroglíficos, son análogos tanto en México como en Egipto, y también el uso de servirse de hojas de plantas para hacer el papel. Si este uso hubiese pasado del Asia al Egipto, deberíamos encontrar indicios de ello en algún pueblo asiático; tampoco habrían faltado testimonios antiguos —asiáticos o egipcios— que mencionasen esta analogía. ¿Cómo explicar que tal género de escritura, desconocido en Asia, estuviese tan extendido en México? ¿No es natural que tanto en Egipto como en México lo hayamos heredado de un mismo pueblo que propagó en los dos continentes además de la escritura, también la religión, la ciencia y las artes? Los antiguos llamaban atlántica la escritura jeroglífica. Plutarco dice que Solón estudió la lengua atlántica; Crantor refiere que Pitágoras aprendió la escritura atlántica para interpretar los jeroglíficos de las columnas de Teent y el mismo Crantor, tres siglos después de Solón, pudo leer las inscripciones en lengua atlántica, las cuales ilustraban la historia de la Atlántida y de sus pueblos. Platón puebla su Atlántida de elefantes. Ahora bien, estos paquidermos vivían en América mucho tiempo antes de que aparecieran en Africa. ¿Cómo pudieron llegar al continente negro si no a través de la Atlántida? ¿Y quién pudo importar de Africa a las Américas el plátano, la "Musa Paradisiaca" de los botánicos, si no la gente de la Atlántida?

La narración de Platón entró en la ciencia el día que Cristóbal Colón descubrió el continente americano y mayormente después que la sonda de los oceanógrafos chocó contra los picos rocosos del antiguo continente tragado por las aguas del Atlántico.

Ya en una carta a los reyes españoles, fechada en Haití el 1º de octubre de 1499, Cristóbal Colón con su agudo instinto de navegante, escribía: "Cada vez que navegaba de España a las Indias, llegando a cien le-

guas al poniente de las Azores encontraba un cambio extraordinario en el cielo, en las estrellas, en la temperatura del aire y de las aguas de mar. El mar estaba cubierto de tal modo de una hierba parecida a pequeñas ramas de pino cargadas de lentisco, lo que hace pensar a causa del grosor de las algas, de estar sobre un fondo poco profundo, que las naves podrían tocar por falta de agua."

El profesor Germain, del Museo de Historia, natural de París, estudiando la flora y la fauna de las islas atlánticas, llega a la conclusión que ya existía un continente entre Europa y América, y precisamente en el lugar del Mar de los Sargazos. Este continente terciario estaba unido por una parte a las Américas y por la otra a la Europa meridional y Africa septentrional, como indican las observaciones zoológicas.

El mar de los Sargazos toma su nombre del "*Sargassum Bacciferum*" de Lineo; algunas algas especiales que se mantienen con el tallo recto sobre el agua sostenidas en la superficie por vejiguitas llenas de aire y que nadan en largas líneas paralelas sobre una extensión de cerca de 60 millas cuadradas, exactamente un área sobre la cual debió existir una masa continental inmersa en el fondo del océano.

La antigua idea que los Sargazos proviniesen de las costas de las Antillas y del continente americano son descartadas por el profesor Germain; estas algas, dice, vegetan y se propagan desde tiempo inmemorial en el circuito de un primitivo litoral transformado en archipiélago, y son nada más que los restos de los sargazos que ya vegetaban en la zona del mismo litoral y que aún continúan reproduciéndose. Los animalitos marinos que anidan en estas algas conservan los caracteres de la fauna litoral, y no tienen analogía inmediata ni con la fauna correspondiente a la de América, ni con la de Europa. Su presencia en el Mar de los Sargazos, que es un distrito litoral en medio de una zona marina denota que la fauna actual de este mar, descende de la de un continente hundido. No es posible creer que las corrientes transporten desde las orillas de Senegal o de América oriental las larvas de tales crustáceos, porque la duración de su vida es solamente de pocos días.

El zoólogo danés profesor Schmidt en la "*Revue Scientifique*" —septiembre-octubre, 1923—, habla de la migración de algunos pecesillos que por millones bajan a la desembocadura de los ríos de la Europa septentrional, y emprenden el viaje del Atlántico hasta el Mar de los Sargazos. Allí se unen las parejas y dejan los huevos a una profundidad de

300 metros. Otras migraciones de anguilas de los ríos americanos hacen el viaje al mar de los Sargazos. El hecho se explica por la costumbre atávica de estos animales de dirigirse a las aguas tradicionales, a medida que el hundimiento de la Atlántida se acentuaba en sus reptidas catástrofes.

También el doctor Lewis Spencer, en su "History of Atlantis" habla de los pequeños "Lemmings", peces de Escandinavia, que emigran en masa, periódicamente al océano, y que una vez que llegan al lugar a donde los lleva su impulso nadan en círculo durante un tiempo considerable, hasta que exhaustos se sumergen en los abismos.

Grandes parvadas de aves siguen el ejemplo migratorio: El bellísimo "Catopsilla" de la Guayana inglesa de alas de color azafrado, obedece igualmente a la llamada del océano. Anualmente los machos de esta especie emprenden en parvadas como nubes el vuelo falta del Atlántico. Si estas migraciones no revelasen un impulso animal, un instinto de regresar al continente perdido sería muy difícil explicar su causa.

En una conferencia, que dió en el Instituto Oceanográfico de París, el profesor Paul Termier narró que mientras colocaban el cable submarino entre Brest y Cabo Cod, se rompió un alambre, y fué menester pescarlo. Se estaba a 500 millas al norte de las Azores y la profundidad media era de 3,100 metros. Se constató que el fondo del mar en aquellos parajes presenta el carácter de las comarcas alpinas; tiene altas cimas, rápidas pendientes y valles profundos. Los ganchos, resbalándose sobre las pendientes de las rocas, se rompían o se torcían contra las puntas agudas, arrastrando consigo las astillas del material que habían arrancado. Estos preciosos fragmentos, que pertenecían a una roca desnuda de lava vítrea, se conservan en el Museo Mineralógico de París. El científico francés agrega: "pocos geólogos de la Academia de Ciencias comprendieron la importancia del descubrimiento. Esa lava, cuya composición química es comparable a ciertos vidrios basálticos de las islas Sandwich, no ha podido consolidarse en tal estado, sino bajo la presión atmosférica. Bajo 3,000 metros de agua se habría cristalizado y aparecería formada por cristales en lugar de material coloidal."

Las observaciones del profesor Termier nos permiten aseverar que la tierra que constituye ahora el fondo del Atlántico a las 500 millas al norte de las Azores fué cubierta de lava volcánica cuando estaba todavía fuera del agua, y que se hundió a 3,000 metros de profundidad.

Además, como la superficie de los fragmentos conservaba las asperezas de lava fresca, podemos deducir que el hundimiento fué brusco después de la erupción; de otra manera la erosión atmosférica y la escorificación marina habrían alisado la superficie.

Platón, en efecto, cuenta que solamente en una noche y un día desapareció la Atlántida, y el cataclismo fué "brusco e imprevisto". La época, concluye el ilustre geólogo francés es referible a la que llamamos "actual", tanto parece reciente. Para los que viven ahora parece lejana, mientras que en realidad es cosa como de ayer.

La palabra "reciente" pronunciada por el ilustre científico, tiene muchísima importancia, a mi juicio; y quiero corroborarla con más y más observaciones.

Empecemos por la zoología. La fauna actual de las islas Canarias es mucho más reciente y mucho más cercana a la del Africa septentrional, que la fauna de los otros archipiélagos del Atlántico. Estas constataciones son preciosas porque demuestran que el grupo de las islas Canarias fué separado del grupo de las islas Azores-Madera-Cabo Verde mucho antes de su aislamiento del continente africano. El estudio de la fauna marina demuestra de modo evidente este hecho. Por tanto, aun en la época miocénica sólo la plataforma de las Canarias estaba unida a la costa africana. El atlántico miocénico fué un continente de forma trapezoidal, que se extendía desde las Bermudas hasta las Azores y Cabo Verde y cubría todo el actual Mar de los Sargazos. Ahora esta extensión, actualmente limitada entre los grados 20 y 35 de latitud boreal y entre 20 y 60 de longitud —y que equivale a dos veces la superficie de Europa—, ha sufrido variaciones relativamente recientes, hasta el punto que en tiempos no mucho anteriores a la época romana no estaba tan distante de las costas africanas e ibéricas, para impedir la navegación atlántica. Y no sólo ha sufrido variaciones en extensión sino también en profundidad, debidas a las continuas sacudidas sísmicas del fondo oceánico.

Todos los escritores antiguos, desde Esquilo y Herodoto hasta Dionisio de Alicarnados y Estrabón y los escritores de la última latinidad, están de acuerdo al afirmar que las naves del otro lado del Estrecho de Gibraltar no podían proseguir su camino; y los navegantes se quedaban aterrados por el aspecto del agua del océano "semilíquido" y "semivegetal" y por la abundancia insuperable de fango y de plantas marinas.

Aquellas algas eran gigantescas —algunas alcanzaban a medir hasta 1,200 metros de longitud, y habían impedido proseguir la ruta trazada por Colón para sus carabelas, retrasando por esto la travesía del océano.

Este desorden en las aguas del Atlántico hacen presumir que un cataclismo reciente había ocurrido. En la época presente el núcleo del mar de los Sargazos está muy reducido. Las corrientes —especialmente el "Gulf Stream" y la Ecuatorial que va hacia Sud-Este— limpiaron los fondos bajos y las aglomeraciones de las algas en muchas millas a lo largo del Estrecho de Gibraltar. Pero originariamente la extensión del Mar de los Sargazos era mucho más grande que dos veces el tamaño de Europa, y, por consecuencia, también el trapecioide atlántico era más grande. Este vastísimo continente no se sumergió *repentinamente* en una sola vez. Según las investigaciones dirigidas por el profesor Germain la Atlántida, que debería considerarse de formación más reciente del continente nórdico, estaba bañada por el Mar Eocénico, que se extendía desde la Florida hasta Europa. La Atlántida del Norte se sumergió en la época neocénica. Una ancha brecha separó la Groenlandia de la Escandinavia y del Espitzberg y surgieron entonces las islas volcánicas de Jean Mayen, Iceland y Ferøe. Si observamos un mapa batísferico del Océano Atlántico nos damos cuenta que las islas Canarias se elevan sobre un zócalo común, relativamente poco profundo, y que la dirección de sus relieves orográficos está en correspondencia con las cadenas meridionales del grupo Atlante africano. Este hecho, ya notado por los cartógrafos del siglo XVII, hace presumir que el archipiélago de las Canarias, además de haber pertenecido a la Atlántida terciaria como lo demuestran sus caracteres físicos, haya formado parte de un fragmento de ella, que quedó unido a la Mauretania hasta una época relativamente reciente. La pérdida de este avance de la Atlántida que estaba allende las Columnas de Hércules, y de la que narran Platón y otros escritores griegos, como Prócul, Plinio, Estrabón, Amiano Marcelino, Tertuliano, Crántor, Orígenes, etc., fué determinado por la última conmoción sísmica del fondo del océano, casi ya en la época histórica.

Estos hundimientos sucesivos permitieron la comunicación de las aguas del Atlántico con las del Mediterráneo. El Estrecho de Gibraltar contenía en aquellos tiempos islotes que después desaparecieron. La forma actual de la América Central con su característica estrechez, respecto a las Américas del Norte y del Sur, aparece después de la tercera ca-

tástrofe, que sucedió hace 80,000 años según Scott-Elliot. Por todo esto se puede llegar fácilmente a la conclusión que fueron las subsecuentes inundaciones y sumerciones de tierra las que desmembraron y deformaron la forma original del continente americano, y que las Antillas no son los pináculos de la Atlántida, como se cree comúnmente, sino fragmentos de la América Central, que era mucho más ancha entre la primera y la segunda catástrofe.

Eliseo Reclús en su "Historia de la Tierra", al hablar de la Atlántida, afirma que es posible que el hombre haya visto hundirse este antiguo continente. Las tradiciones, de las cuales se hace intérprete Platón pueden, por tanto, estar basadas sobre antiguos testimonios que entonces eran ya históricos. "Insulae Fortunatae" —es decir, islas afortunadas—, así los romanos llamaban a las Canarias por haberse salvado del cataclismo oceánico, y esto nos hace pensar que las tradiciones del cataclismo estaban aún vivas en su memoria.

También para el geólogo Gentili, el archipiélago de las Canarias estaba unido al Africa septentrional en un período "reciente", —probablemente el cuaternario—. Para los profesores Termier y Hull, la flora y la fauna de los dos hemisferios confirman la teoría geológica, según la cual hubo en la Atlántida un centro común donde comenzó la vida.

Creo que la escena de la Atlántida está así admirablemente encuadrada en el espacio y en el tiempo, desde el punto de vista geológico y biológico. Antes de afrontar el problema de la civilización atiantea quiero advertir que este importantísimo problema en contraste estridente con la hipótesis asiática, está estrechamente ligado con el problema etrusco-basco-magiaro; está ligado a la historia y civilización del pueblo hebreo, cuyo origen no sabe explicarnos el mismo Ernesto Renán; está ligado a toda o casi toda la civilización americana, cuya altiplanicie de Anáhuac fué el epicentro; está ligado a la civilización egipcio-etíope; a los oscuros orígenes de los celtas, extendida desde los Alpes y los Pirineos hasta el Asia. Acaso en la Atlántida hay que buscar la clave del misterio que envuelve aquel pueblo legendario, del cual hablan todos, sin conocer ni su raza ni su origen —los Pelasgos—, cuya avanzada civilización ha dejado huellas asombrosas en las grandes obras que de ellos se destacan en muchas partes de Europa, especialmente en Grecia y en Italia (Lazio, Toscana y Cerdeña).

LOS DOCUMENTOS CIENTÍFICOS DE LA ATLÁNTIDA

El problema de la Atlántida no ha vuelto a ponerse de moda por la insignificante publicación de una novela de Pierre Benoit, sino que ha llegado a la madurez por los notables descubrimientos de esos últimos 75 años y que amplían nuestros horizontes en el tiempo y en el espacio. En la Biblioteca del Congreso de Washington hay más de 50,000 obras sobre la Atlántida. Parece, por tanto, que el asunto interesa muchísimo más de lo que se cree en general.

La catástrofe de la Atlántida no tiene nada que hacer con el Diluvio Universal al que fué unida por error. Si después de la catástrofe cesaron las relaciones entre los pueblos de las orillas opuestas del Atlántico ¿cómo se encontraría en los documentos prehistóricos de los mayas la narración del Diluvio, idéntica en los detalles más pequeños a la de los hebreos? La única diferencia es el nombre de Tézpi o Tzpi en lugar de Noé (véase la "Historia Universal", vol. I de César Cantú). Es esta una prueba que la narración del Diluvio conforme al relato de Moisés ya existía antes de la desaparición total de la Atlántida.

Si se admite que el hombre, según la ciencia moderna, asciende a 200,000 o hasta 400,000 años ¿por qué negar al ser más inteligente de la creación haber alcanzado la cima de una civilización después de algunos centenares de miles de años de su existencia? ¿y cómo no tener presente la aguda teoría de José Montemúrrri sobre los fenómenos anacrónicos, por los cuales es posible admitir la existencia de una civilización del bronce en la Atlántida al mismo tiempo que una civilización de la piedra en otros lugares?

Es menester acostumbrar nuestra mente a concebir cifras dentro del ámbito de la historia de la humanidad, como ya la hemos acostumbrado en el ámbito de la astronomía. La civilización atlantea postula un período que comprende 100,000 años entre la antecedente civilización Lemúrica y la de Poseidón. No es insensata la cifra cuando observamos a grandes rasgos los períodos geológicos, según los métodos recientes de los profesores De Geer de la Universidad de Estocolmo, y William David, que por vías diversas concuerdan al establecer los valores cronológicos. Se puede fijar el 8º milenio A. C., como dato medio para el tiempo en el cual habría terminado el paleolítico e iniciado el neolítico en Europa; mientras que en Egipto el paleolítico habría terminado en el 28 milenio y el neolítico en el VII milenio A. C., para dar lugar a la edad del bronce.

Mientras las tradiciones maya y egipcia concuerdan en hacer resaltar el hundimiento de la Atlántida hace cerca de 11,000 años, Platón no da la época exacta de la catástrofe final de la Atlántida, como se cree en general. El relata el encuentro de Solón con el sacerdote de Sais como ocurrido en el 564 A. C. Los 9,000 años precedentes se refieren a las gestas guerreras entre los atlánticos y los griegos, no al hundimiento de las tierras helénicas y atlánticas. Las palabras del sacerdote egipcio: "En el transcurso de los tiempos sucedieron grandes terremotos, etc.", nos hacen pensar que la catástrofe atlántica sucedió después de las gestas guerreras.

He querido investigar más acerca de la fecha de la catástrofe atlántica. Las tradiciones maya y egipcia, concuerdan en los 11,000 años, no podían satisfacer completamente a quien ha estudiado el problema de la Atlántida bajo el aspecto científico. El célebre astrónomo Rafael Bendandi establece la fecha de la catástrofe a través de algunas investigaciones astronómicas, que no tienen nada que ver con las tradiciones históricas o legendarias. Las deducciones del profesor Bendandi están relacionadas con sus últimos descubrimientos astronómicos. Sus cálculos lo llevan a una época que concuerda con las tradiciones maya y egipcia: 10,431 a. de J. C. Ni se limita al problema atlántico, sino que hace más previsiones, siguiendo la acción planetaria del sistema solar. El desplazamiento de los polos terrestres, producido por la fuerza de atracción sobre la masa interna de nuestro globo, representa según él, la llave de toda la fenomenología de la Tierra, resolviendo así unos problemas de sismografía que hasta ayer habían sido un misterio. ("Il giornale d'Italia", Roma, 10 de enero de 1940.)

Así la fecha del cataclismo final es relativamente cercana a la aurora de los tiempos históricos. Si se considera por lo demás que el mismo cataclismo se abatió sobre Grecia, se nos ocurre pensar que él pertenecía a aquel período de la prehistoria, caracterizado por una serie de trágicas perturbaciones naturales, debidas quizá a una desviación del eje terrestre y del cual hacen mención algunas leyendas arcaicas americanas y egipcias. Se puede presumir razonablemente que la desaparición final de la Atlántida ocurrió durante el décimo milenio A. C. — época que concuerda exactamente con el momento geológico, en el cual tuvo lugar la separación del Africa del último resto continental de la Atlántida, el que abarca las islas Canarias. Confrontando las varias fechas —las in-

dicadas por Platón, por las leyendas prehistóricas y por la ciencia—, se puede finalmente enmarcar en el tiempo histórico la sumersión final de la Atlántida, colocándola después de la última glaciación, hacia fines del período paleolítico en Europa y del neolítico en Egipto.

Llegados a este punto se me presenta el problema del origen misterioso del Egipto, que yo veo estrechamente unido a la Atlántida. ¿De dónde venían los extranjeros, los que los egipcios llamaban “rojos u hombres del mar”, sino del continente atlántico, sede de una potencia que llegó al apogeo por su cultura y fuerza de las armas? Razonablemente es de descartarse la tesis asiática. Los asiáticos no podían ser considerados como una raza roja, ni está probado que los egipcios primitivos los fuesen. El Mar Rojo que baña el Egipto, toma su nombre de algunas algas rojas que pueblan sus aguas. Pero el hecho de que existiese allende la Atlántida una raza roja, hoy día casi extinguida, demuestra lo fundado de la tradición egipcia-atlántica. Avances de una raza roja son los Fulbos del alto Nilo, que son de un color que se aproxima al rojo. También los Fenicios se decían rojos y vestían de rojo en recuerdo de los padres atlántidas. El misterio se desvanece aún más cuando se piensa que el nombre histórico “Rotennu o Rutennu”, como se llamaban los egipcios en la época de la dinastía doce encuentra una explicación si se confronta con el nombre Ruta, la isla de la Atlántida sobreviviente y contemporánea a aquella época. Esta isla debe haber sido el punto original de partida de la iniciación, aportadora de la civilización y llevada después a la Tebaida o Etiopía y al valle del Nilo. Desde allí debió partir la ola subyugadora de la primera raza que se estableció junto al Nilo; y las dos, fundidas con el tiempo, llegaron a ser después los Rutennu de la época histórica egipcia.

Los egipcios llamaban Un or Nun al agua primordial; por lo tanto la voz Rutennu, que implica esa misma sílaba, en forma anagramática, indica los hombres del mar de raza roja. Aun ahora en la lengua anglosajona se ha conservado la raíz “Rut”, levemente modificada y que significa rojo.

Es necesario tener presente las condiciones geográficas de la Libia prehistórica, cuando el actual desierto del Sahara, ya mar, debía insinuarse y formar parte del Océanus Aethiopicus, para intuir que los atlántidas-etiofes fuesen los promotores de la primera civilización neolítica egipcia, que había llegado a un alto grado de desarrollo en el valle

del Nilo. La posesión de los atlántidas al occidente de Egipto, de la cual narra el sacerdote de Saís, explica la causa por la que se encuentran en Marruecos inscripciones similares a las de las Canarias, templos en Túnez como los descritos por Platón, y huellas de una antigua civilización bajo las arenas del Sahara, el cual era un mar con islas pobladas por tribus, según los estudios de Boll, profesor en la Sociedad Geográfica y Arqueológica de Orán. Las columnas egipcias, fenicias y griegas asistieron a la invasión progresiva de la arena, de donde se han exhumado ruinas imponentes. Pero hay aún más. La comunidad de stirpe, entre los indígenas de México y de la América del Sur con los pueblos fenicios y egipcios, confirmada por la arqueología y por la paleografía.

Fué sensacional la noticia proveniente de Río de Janeiro, fechada el 28 de enero de 1930, acerca del descubrimiento de inscripciones fenicias sobre una formación rocosa, en un pequeño valle del río Cumina (Estado de Para, Brasil), y en otros lugares del vasto cauce del río Amazonas. El doctor Augusto Le Plangeon saca de ello la conclusión que la civilización haya salido de América y a través de la Atlántida haya penetrado a Egipto y al mundo entero. Pero él tiene en contra las tradiciones prehistóricas egipcias y americanas que proclaman la Atlántida como punto común de procedencia.

Cuando se descubre alguna cosa interesante en pro de la tesis atlántica se vocifera que es una mistificación. Yo no quiero discutir. Para mi objeto quiero sólo constatar la afinidad y las relaciones directas entre el occidente afroeuropeo y las Américas, relaciones que incluyen las influencias civilizadoras de la Atlántida misma, como consecuencia necesaria. Voy a citar otro testimonio. El documento de Grave-Creek, descubierto por el americano doctor Vail en un túmulo prehistórico de las orillas del río Ohio (Estados Unidos). Según los arqueólogos Jonard y Berthelot ese documento presenta una interesante analogía con los caracteres de los Tuareg tunesinos y con los signos gravados en las cimas rocosas de las Canarias. Es elocuente que también el interior del túmulo presenta los mismos caracteres funerarios que tenían los pueblos prehistóricos afroeuropeos.

El 28 de diciembre de 1929 el periódico católico de París "La Croix" reportaba el acontecimiento extraordinario "que a lo largo de la Florida, cerca de la isla Bagamé, una nave americana había llegado a una isla cubierta de ruinas grandiosas, que no figuraba en los mapas geo-

LOS DOCUMENTOS CIENTÍFICOS DE LA ATLANTIDA

gráficos. Las esculturas talladas sobre bloques de piedra indicaban el viejo estilo mexicano. Todo hace creer que la parte del mar entre las islas de la Nueva Providencia y la Elethéra constituía ya una tierra que se hundió en el océano. Es muy difícil establecer si la isla descubierto fue un fragmento o no del continente atlántico propiamente dicho o una de tantas islas por las cuales se pasaba al continente opuesto. Pero su emersión ofrece la prueba material de las ruinas de obras de arte grandiosas efectuadas en una época remota por una civilización ya desaparecida."

La geología prevee otros cataclismos dentro de la órbita atlántica, que nos darán nuevas sorpresas y eventualmente nuevas pruebas de la civilización atlántica. ¿Quién no sabe que el banco de la Martinica desapareció y volvió a aparecer tres veces? En las cercanías de la isla de Santa Elena se encontraron profundidades de 3,000 metros inferiores a las que ya existían. Los mapas marinos de los siglos xv y xvi indican entre las Canarias y las Antillas la presencia de escollos, de los cuales los navegante modernos ya no encuentran ninguna huella ni indicio.

El año de 1872 la famosa expedición Challenger demostró con una evidencia imponente que el fondo de los océanos se puede bien comparar a los relieves de la tierra firme, presentando, como ésta, sus valles, sus colinas y planicies, sus montañas y precipicios vertiginosos. La vieja teoría, que imaginaba el fondo de un océano como un inmenso barrero, resultó absolutamente errónea. Si pudiéramos levantar el fondo del Atlántico nos quedaríamos asombrados al ver la mismísima silueta de un continente. Desde el pináculo de las Azores el fondo oceánico baja alternativamente hasta un máximo de 6,671 metros en el valle de Nares, antes de llegar a las Bermudas. Además hay que notar que los bancos y los islotes tenían que ser más numerosos, y la acción del agua, las convulsiones sísmicas, los deslizamientos de los estratos submarinos han modificado mucho, aunque lentamente, el primitivo aspecto de ese continente que constituye ahora el fondo del océano Atlántico.

Y ahora vamos a considerar las conclusiones glotológicas y toponomásticas. Hay algún filólogo quien a pesar de constatar la identidad fonética y de significado entre los idiomas de pueblos que vivieron en las orillas opuestas del Océano Atlántico, prefiere aseverar que se trata de combinaciones fortuitas en lugar de admitir la Atlántida. Pero las combinaciones y las coincidencias son demasiado numerosas; y demasia-

do cómoda es la manera de sacudírsela con la ridícula teoría de las coincidencias.

El profesor Trombetti, gran adversario de las coincidencias fortuitas, en su célebre obra "Monogénesis del Lenguaje", establece el estudio de la evolución glotológica como llave para reconstruir el movimiento de la civilización a través de la historia y prehistoria de la humanidad.

El doctor Bernardo Mattiáuda en su docta monografía "El idioma de los Lígurios" —Savona, 1921—, considera que los primitivos umbríos, los etruscos y los ligurios, refiriéndose únicamente a los pueblos de Italia, tienen un origen común y son prófugos de la Atlántida, cuya civilización se extendió por toda la planicie mediterránea. Es elocuente que Plinio designa con el nombre de Ombríos una isla de las Canarias — nombre este que recuerda mucho el de los umbríos de la Italia prehistórica.

La tesis de Mattiáuda se confirma con el estudio de algunas voces ligurio-maya: "Bulláse" que en ligurio significa sumergirse, y "Buláh" que en maya significa hundirse; "Tána" significa caverna en ligurio, y "Tana" significa casa en maya; "Maxiná" pulverizar con el almirez en ligurio, y "Maxinah" triturar en maya; "Telo" gajos de naranja en ligurio, y "Theleel" gajos de fruta en maya, etc. Hay más de 50 coincidencias.

Las afinidades glotológicas ligurio-maya indican un contacto prehistórico, mientras que las afinidades ligurio-ariana e indoeuropea indican un contacto posterior. No es, por tanto admisible atribuir al idioma ligurio derivación asiática, sino simplemente influjos tardíos de los asiáticos.

Según el ilustre profesor Paulo Mantegazza —cito su obra "Río de la Plata y Tenerife"—, el idioma de los caucásicos, de la Georgia caucásica y el de los vascos tienen muchas radicales comunes con la lengua berberisca y el lenguaje indígena de los aztecas, con el de los guanches y de los aborígenes de la América septentrional. Por lo demás hay tales afinidades somáticas entre los vascos, venecianos, galos y caucásicos que se les puede considerar originarios de un mismo lugar, es decir, de la Atlántida, emigrados a Europa antes o después de la catástrofe. Lo mismo se puede aseverar de algunos pueblos prehistóricos del norte de África como los berberiscos, los mauretianos, los numidas, los libios, los getules, los garamantes, los fenicios.

Algunos afirman que los fenicios hayan sido de origen hebreo. De todos modos, Scott-Elliot pone la cuna de los presemitas en la Atlántida, al nivel de la Mancha, sirviéndose de la toponomástica para resolver un problema del más alto interés, como es el origen de este gran pueblo que fué y es uno de los máximos exponentes de la civilización en todas las ramas del conocimiento. En efecto, los nombres de Hibernia (actualmente Irlanda), Ebridia, Britania, Bretaña, Iberia, encierran los prefijos Ibr o Ebr, nombres de antiguas familias de raza judía.

La toponomástica es una guía preciosísima en el laberinto de la prehistoria.

Las voces Senegal y Gala, recuerdan Galia, Gales, Portugal, Galicia, Galilea, Galatea, Galipoli, Galarate, Sinigaglia o Sinigalia, etc., y por lo tanto revelan las relaciones prehistóricas que existieron entre los africanos y los europeos a través del Mediterráneo y el Atlántico. Cito Carnac en Francia y en Africa. El nombre Belge es el anagrama de Gébel.

Los iniciados, árbitros de la cultura y guías de los pueblos, usaban invertir las letras y las sílabas dando lugar al anagrama, que era la imagen reflejada, la efigie de la cosa misma. El arte antiguo —arabescos, tapetes orientales, etc.— está todo impregnado de este sentido, así como el lenguaje escrito, puesto que dado el valor geométrico de un grupo lineal fonético, la sílaba leída al revés no cambia su sustancia, sino únicamente el sonido y la fisonomía. Aquí hay un ejemplo luminoso: el nombre del dios Arikán de las Canarias llegó a ser Harakán o Hurakán en el Yucatán; Akarán en Persia; Uranón en Grecia y Urano en Italia. El nombre mismo de Canaria es la transformación más pura y más clara de Arikán, y de allí nacen los nombres Arian e Iraan, es decir, los nombres de los arios y de los iránios, de quienes se cree generalmente que son de origen asiático.

Ati, la noche, es una de las diosas más antiguas de la teogonía quechihua. Pues bien, tenemos Ati en Menfis y Ate en Grecia, de donde Atenas y el colegio sacerdotal de los Atédís o Atítis que rendían culto a la selénica Ate, amante de Cibela, venerada por los frigios con el nombre de Ati.

¿Todo esto se debe acaso a una coincidencia fortuita? Aquí no entra para nada la Iperborea ni el Oriente asiático. Todo habla de analogías que no se explicarían sin admitir un puente de comunicación di-

recta y más próxima que las vías árticas, oriental u occidental, las que presume el profesor Rivet.

El nombre maya resuena desde la América prehistórica hasta la India oriental, y se asoma frecuentemente en la literatura latina y griega. Hasta podemos notar analogías entre Egipto, México y Siria. La serpiente (en siríaco Pihún) era un símbolo común para los tres pueblos y dió origen a la diosa pitonisa. Carl Sepper encuentra una significativa analogía entre el mítico *Votán* de México y el *Wotan* de la leyenda germánica de los Nibelungos.

Teocali o Teucali se llamaban los templos aztecas, y Teos significa Dios en griego. Las mujeres de Cuzco se llamaban Pallas por el nombre de las togas o vestiduras que llevaban. Palla se llamaba también la toga de las mujeres romanas, las cuales vestían como la diosa Pallas o Palláde. Naka, Nakk, Necare, es la misma voz alterada que corresponde, respectivamente, al quechua, al sánscrito y al latín; y conserva en los tres idiomas el mismo significado: matar.

Atl o At, agua, se encuentra tanto en la lengua arcaica escandinava como en la de los nahoas; y esta palabra fué introducida en la composición de varios nombres de la América prehistórica. El primer rey de Italia se llamaba Atlante y era un mito; el nombre Atlante, que fué impuesto a la parte del Norte-Oeste africano es supervivencia del tiempo, en el cual esa región perteneció a los atlántidas o del tiempo lejano en el que estaba unida a la Atlántida, es decir, a las islas Canarias.

Los ejemplos se pueden multiplicar "ad multos", pero el tiempo es breve y tengo que ser conciso, casi esquemático, pero válido y concluyendolo de una vez.

Así, por las observaciones que resaltan lógicamente de la filología y toponomástica, se arguye que fue un error el de creer que todo haya provenido del Norte o del Oriente asiático. Basta recordar que las mismas tradiciones de la India asiática consideraban el Occidente como retenedor de los conocimientos metafísicos, ya que hablan de una isla sagrada situada en el Atlántico.

Es muy probable que la confusión, es decir, la equivocación asiática, fué causada del hecho que también Egipto fue llamado "Oriente" —y Oriente era considerada la Atlántida por los pueblos americanos. Si observamos que los Magos de los cuentos árabes vienen de Mágreb, es decir del Occidente, podemos ver en esto no el recuerdo confuso de una leyenda

LOS DOCUMENTOS CIENTIFICOS DE LA ATLANTIDA

ya olvidada, sino una realidad digna del mayor relieve. Se cree que los Magiars llegaron de Asia a Europa. Pero tal nombre recuerda el de los Magos del Mágreb, que llevaban la civilización de los Arias o Ari, que nosotros consideramos Atlántidas de las Canarias. No es una casualidad que la desinencia Aria se encuentra en Bulgaria y Hungría. La raíz Un, agua, es etimológicamente egipciaca.

El nombre de los más famosos bárbaros —los Hunos— que descendieron hasta Italia desde Alemania, presenta la misma raíz.

Lo que confirma una vez más que la civilización marchó de Occidente a Oriente y de Sur a Norte.

La tesis o hipótesis asiática se generalizó después del descubrimiento del Sánscrito en el siglo pasado. Se debe combatir esta idea, que no tiene ningún fundamento serio y fué dictada por un entusiasmo exagerado y por la ilusión efímera de haber encontrado la llave matriz del movimiento de la civilización mundial.

Finalmente para cerrar esta síntesis de problemas tan escabrosos, cedo la palabra al insigne maestro Giuseppe Sergi de la Universidad de Roma, el decano de la antropología moderna. “Ex Oriente Lux” —escribe él— Es este el lema de orden imperante en nuestros conocimientos científicos durante casi todo el siglo XIX. Pero desde hace unos 30 años, para quien con agudo ingenio, crítica severa y espíritu sagaz, libre de prejuicios, se puso a investigar el pasado de la Humanidad, este Oriente es el Mar Mediterráneo — es decir el Oriente está . . . en Occidente.

El célebre Pigorini, con su conferencia leída en 1903, en la Academia de los “Lincéos” de Roma, hacía constatar que “desde Marruecos y Argelia en adelante hasta el Congo y la Somalía, los primeros productos del trabajo humano son esos mismos trabajos típicos que en Europa occidental están sepultados en las mayores profundidades de los aluviones cuaternarios”.

El ilustre profesor Angel Mosso de la Universidad de Turín, dice: “La antropología dió la prueba que el Asia Menor no fué el punto de partida de una emigración hacia Creta. Los gérmenes no vinieron del Asia Central y mucho menos del Asia Septentrional, sino que se difundieron del Sur al Norte, o sea del Mediterráneo a la Europa del Norte, del Egeo y de Italia, de Grecia y de España, extendiéndose por todas partes.

En la importante obra "Scripta Minóá" del arqueólogo Evans, en la página 82 se lee: "Los documentos arqueológicos prehistóricos de Creta, de Egipto y de otras partes han demostrado que las viejas ideas sobre el movimiento de que las civilizaciones se extendieron de Oriente a Occidente no eran ciertas, porque hay ejemplos luminosos de la inversión del movimiento."

Yo veo, con la máxima satisfacción, que cuatro nombres tan ilustres y maestros en el dominio de la antropología y arqueología se eleven para dismantelar el fatuo edificio asiático y construir el bien fundado edificio euro-africano. Pero permítaseme observar que siendo el bloque afro-euro-atlántico demostrado como existente ya en época prehistórica no pierde nada la teoría al decir que la cuna de la humanidad está en este bloque. Consecuentemente queda por establecer el perno de la civilización originaria; y todo nos induce a creer que fué oceánica, es decir de una raza que provenía del mar, según la antigua expresión de los Egipcios. La teoría del muy docto profesor Sergi lo comprueba, y cada uno puede convencerse con sólo mirar el conjunto del cuadro. Aquí es sin duda un punto de importancia capital, ya sea por el problema de la Atlántida, ya por el de la civilización mediterránea.

La teoría del antropólogo Sergi es un auxilio muy valioso para la solución del doble problema. Aunque él parta de un concepto diverso acerca del lugar de origen de la Humanidad, yespecialmente de la raza mediterránea, afirma categóricamente haber encontrado en las Canarias tipos humanos característicos, parecidos a los individuos ligurios o egipcios. Ahora bien, si él declara que los Guanches de las Canarias tienen conformaciones craneanas perfectamente análogas a las de los pobladores del Norte de Africa y del Mediterráneo, y afirma que el tipo "mediterráneo" es el autóctono de la familia humana, es forzoso reconocer que la Atlántida, de la cual las Canarias son un avance, estaba unida al Africa, incorporándose, ella también, al bloque Afro-Europeo, y por lo tanto puede ser considerada el perno de la civilización primigenia.

El hecho constatado por el profesor Retzius (Smithsonian Report of Washington D. C.), de que entre los Guanches y los dolicocefalos primitivos de América se encuentran formas craneanas perfectamente análogas a las de los pueblos del Africa del Norte y Mediterráneos, no hace sino corroborar mis deducciones.

LOS DOCUMENTOS CIENTIFICOS DE LA ATLANTIDA

Estos son los testimonios de la antropología y que nos llevan a la última conclusión.

¿Qué importa buscar el acto de nacimiento de la Atlántida mientras no se encuentra ni el del mismísimo hombre? ¿En estas circunstancias qué valor puede tener la crítica demoledora?

Desde la época secundaria a la cuaternaria existió un archipiélago continuamente despedazado por cataclismos, que se extendía allí precisamente donde la tradición egipciaca, inmortalizada en el relato del sacerdote de Saïs, situó la Atlántida.

Los atlantólogos corroborados por las afirmaciones de la ciencia estudian sobre este hecho que se impone a la historia desde hace años. Si se pudiese sostener, ya que no se ve, que la Atlántida no existió, sería necesario inventarla para tener una explicación lógica de las huellas de una civilización misteriosa que se encuentra esparcida en los terrenos prehistóricos de casi todas las regiones del globo. Y sería menester inventarla sobre todo para las Américas, que, ya desconocidas, se revelan ahora no extrañas, hasta desde los tiempos prehistóricos, a los usos, costumbres, lenguajes, religiones y artes del supuesto viejo mundo.

¿Tendría razón Paracelso al afirmar que hubo un "Adán" americano? Sin trascender en teorías americanistas más o menos aceptables, la raza americana habita su continente desde tiempo inmemorial. La existencia de variedades bien determinadas demuestra que las mismas para llegar a poseer caracteres tan estables fué preciso que pasase muchísimo tiempo, y han tenido que atravesar por una serie innumerable de fases evolutivas para hacernos pensar que su población es tan antigua como la de los otros continentes, o más aún.

Mientras más estudiemos el escabroso problema, más nos convenceremos de que no es fantástico admitir la Atlántida de Platón, sino es fantástico negarla.

G. T. NICOTRA DI LEOPOLDO